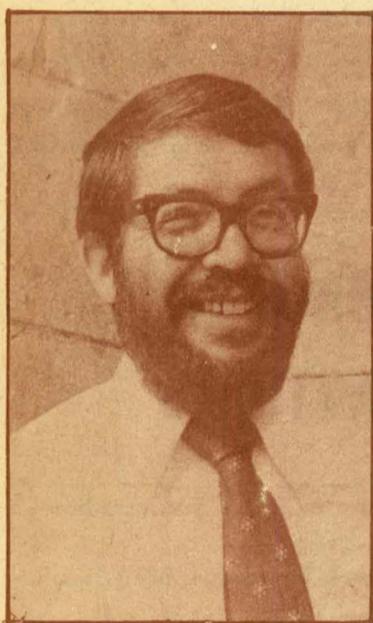


Solidaridad ante

¿SIEMPRE! PRESENCIA DE MÉXICO. 24 de febrero de 1982.

Las Asechanzas

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



El próximo domingo, 21 de febrero, viajará a Nicaragua, una vez más, el presidente López Portillo. Recibirá la condecoración que lleva el nombre del prócer revolucionario que ha dado también denominación al gran esfuerzo libertador de aquel país. Augusto César Sandino, que vivió entre nosotros y halló aquí aliento para la lucha que hace medio siglo libró contra la misma dinastía a la que inspirados por él derrotaron a sus seguidores, se convierte así en sello que ratifica la vinculación de las dos naciones.

López Portillo no viaja a Managua sólo en pos de un reconocimiento. Su gobierno ha puesto en marcha una política activamente solidario con Nicaragua. En realidad, como lo hizo en 1980, cuando el anuncio primero, y el viaje mismo después a Cuba,

con actitudes como esa el gobierno de México busca salir al paso de insidias e incomprensiones lanzadas contra el proceso revolucionario o contra la soberanía de naciones con las que nuestro país quiere ser fraternal.

Como en diversos momentos le ocurrió a Cuba, como le sigue ocurriendo a Cuba todavía, desde que hace un año entró en el gobierno el revanchismo de Reagan, Nicaragua está siendo asediada. Por la peculiaridad de su proceso histórico, las presiones vienen de dentro y de fuera. Contrariamente a lo que la propaganda asegura, agrupaciones conservadoras han mantenido suficiente libertad de movimientos y de expresión para significar un creciente y serio peligro para la estabilidad gubernamental. Cuatro dirigentes empresariales fueron encarcelados por el régimen sandinista cuando se les descubrió encabezando una conspiración. Están presos, en consecuencia, no por empresarios sino por conjurados. Es posible, por lo demás, que en el momento de que estas líneas aparezcan hayan sido puestos en libertad, como una muestra de la buena disposición que quiere ejercer el gobierno de Managua aún con sus impugnadores violentos.

La liberación de estos detenidos surgiría, de producirse, no porque haya disminuido su peligrosidad. Se conocen crecientemente los lazos que desde el exterior van anudándose con sectores reaccionarios de Nicaragua para frustrar la revolución. Aun funcionarios del gobierno de Venezuela han sido formalmente incluidos por el de Managua en una acusación que, no aceptada por Caracas, entra sin embargo en la lógica del comportamiento democristiano en la región. La complicidad (no es posible llamarla de otra manera) entre el gobierno venezolano y el de El Salvador, es la muestra extrema del papel que se resolvió a ejercer la democracia cristiana venezolana: ser el gendarme que por cuenta de los Estados Unidos vigile el orden en la zona centroamericana y del Caribe. De allí su hostilidad hacia Cuba y su creciente despegamiento del sandinismo.

Este movimiento se encuentra, por lo mismo, en la disyuntiva de acrecentar, por tolerancia, los riesgos que le surgen del interior, y la necesidad de ofrecer, a la opinión mundial, gestos de buena voluntad, como la liberación de líderes opositores. Hay que entender las afirmaciones anteriores en los términos en que realmente se desenvuelve el proyecto nicaragüense. Respecto de sociedades con prácticas democráticas acabadas, pensar que la tolerancia política supone riesgos sería excesivo. Aún en nuestro país, la obligación que el gobierno debe ejercer respecto del libre accionar de los partidos minoritarios o de los ciudadanos en general, resulta saludable para nuestro progreso político y social. Pero en Nicaragua se viven condiciones distintas. Ni si-

quiera es preciso recordar que durante medio siglo la democracia fue allí una ficción, pues el dominio de la familia Somoza impidió el desarrollo de fuerzas que pudieran expresarse con eficacia, hasta que sobrevino el estallido. Malamente se podría exigir a la revolución que terminó con la dictadura que de la noche a la mañana impusiera prácticas electorales y hábitos en que la democracia fuese un hecho cotidiano. La democracia debe también aprenderse, y no se trata de un conocimiento de fácil adquisición. Por lo demás, en la primera etapa de un proceso revolucionario se establecen apenas las bases para el futuro, y no puede esperarse que se actúe en condiciones de normalidad porque las prevalecientes en ese momento no son condiciones de normalidad.

Bastaría tener presente el propio caso de México para comprender la situación nicaragüense, y para entender asimismo las presiones exteriores que se aplican al gobierno de aquella nación. Es claro que los procesos históricos no son repetibles, pero las lecciones del pasado pueden ser aplicadas *mutatis mutandis*. Por lo menos en dos ocasiones en la segunda década de este siglo ingresaron en nuestro territorio tropas norteamericanas, resueltas a invadirnos. No es descabellado afirmar que la situación internacional impidió, en buena medida, que la decisión se concretara de modo permanente. Asimismo, la misma vastedad de México hubiera sido un factor de dificultad estratégica para mantener una dominación estable. Lo cierto, más allá de consideraciones de este género, es que la intervención armada se produjo, y que generó altos costos que debieron ser cubiertos.

La opinión exterior presentó a la revolución mexicana con tintas mucho más negras de las que efectivamente configuraban su trazo. Como en todo sacudimiento social de ese género, el nuestro de principios de siglo fue violento y arbitrario. Pero extremando los hechos se nos pintó como si fuésemos unos bárbaros entregados a venganzas colectivas sin cuento y sin límite. Muchos de los emigrados contribuyeron con su distorsionada visión de las cosas a enriquecer la calumnia vertida sobre México principalmente en la prensa norteamericana. No debe extrañar, pues, que los somocistas, afectados en sus intereses por la revolución sandinista hagan armas de diversos géneros contra sus vencedores, entre ellas las de la propaganda.

Una vez resuelta la fase principal de los conflictos anteriores, México se enfrentó, al iniciarse la década de los veinte, al problema del reconocimiento de su gobierno por el de los Estados Unidos. Washington se mostró renuente, como mercader, a extender tal reconocimiento y forzó al gobierno mexicano a la admisión de condiciones que hubieran debido ser inaceptables para un gobierno soberano. Presiones semejantes son las que hoy pretenden orientar el rumbo de los sandinistas, inclusive algunas surgidas de buenas intenciones.

En tal sentido, en estos días se reúne la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina, y pronto lo hará la Internacional Socialista, que hasta ahora ha apoyado a Nicaragua. En ambos casos habrá manifestaciones en torno al proceso que vive ese país. Es deseable que los amigos de Nicaragua entiendan que sólo los nicaragüenses deben diseñar su política interior y exterior, y que no es válido, ni siguiera con ánimo de dar ayuda, presionarlos para que orienten su destino hacia fines que no sean ellos los que determinen.

En ello México había sido consecuente en extremo. En algún sentido deja de serlo ahora, cuando designa embajador a quien lo fue en Italia, Augusto Gómez Villanueva. Primero fue enviado allí don Horacio Labastida y a éste lo sucedió don Julio Zamora. Pertenecientes ambos a la corriente progresista del gobierno mexicano, su actuación en Managua sirvió para anudar lazos de solidaridad con aquella nación. Gómez Villanueva tiene en su deber, en cambio, prácticas de irresponsabilidad política extremas, manifiestas cuando fue líder de la CNC y secretario de la Reforma Agraria. Revolucionario de dientes para afuera, sin duda su nombramiento no era lo mejor que podíamos haber hecho a la revolución de los hechos que es la sandinista.